



## GOL DE DON CRISTOBAL

1932 -

**E**l buen deporte de la lectura cobra ribetes de aventura cuando se hace en compañía de quien, como Pedro Lastra, sabe bucear entre líneas como un experto, imaginativo y audaz conocedor de las letras hispanoamericanas.

La hojarasca es una de las excusiones propuestas en *Relecturas* (Ed. Universitaria, 1986), en que el profesor Lastra descubre en García Márquez elementos y motivos de las tragedias de Sófocles y especialmente de *Antígona*. Como ella, el coronel podría decir: "No he nacido para compartir odio, sino amor", y cuando muere el médico y el pueblo se niega a darle sepultura, será este viejo, "cojo de cuerpo y entero de la conciencia", quien en compañía de su hija Isabel acarreará el cadáver al cementerio.

La hojarasca, como en general la totalidad de la obra garciamarquiana, aparece bajo la lupa del crítico literario chileno Pedro Lastra en una dimensión trágica de la realidad actual de Colombia. Y la violencia colombiana, en esta perspectiva, no resulta menor que la de los clásicos de la antigüedad.

"Esta obra de García Márquez es, desde su título, una requisitoria social y moral. La palabra apunta al residuo del odio, la incomunicación y el resentimiento que ha dejado en el mítico pueblo de Macondo el paso de la compañía bananera que ahora lo ha abandonado. Para iluminar esa realidad caótica —caso por esorcizarla—, Gabriel recurrió a las viejas fuentes literarias y las asumió en plenitud."

Lo que Lastra no explica y tampoco puede preguntársele, ya que él trabaja desde hace más de diez años en la State University neoyorkina, donde es profesor de literatura hispanoamericana, es cuál fue la reacción del propio García Márquez frente a la delación de sus fuentes griegas. Porque, si bien el parentesco resulta muy noble, los parecidos suelen provocar bochorno.

La relectura de *Los naros* de Rubén Darío trucea el ceño fruncido por el dolor de La



■ Preparativos para la conquista del Imperio Inca, grabado de Mathaus Merlan (siglo XVI) que Pedro Lastra usa para la portada de su libro *Relecturas Hispanoamericanas*.

hojarasca en la risa que provoca el nicaragüense con las impresiones de su primera visita a Nueva York.

Nada ajeno a la burla de "esa alianza de la Biblia con el dólar", Darío se refiere a la ciudad ciclópea, sanguínea, monstruosa, tormentosa; a la irresistible capital del cheque, que ostenta sobre el palpitante pecho de acero (Brooklyn) un ramillete de campanarios.

La ingrata voz de Nueva York ("Poco de un vasto soliloquio de cifras") lo hace pensar en la voz de París ("halagadora como una canción de amor, de poesía y de juventud") y por allí endilga el romántico poema de Margarin, está linda la mar, hacia el recuerdo de Edgar Allan Poe, "ese cisne desdichado que mejor ha conocido el ensueño y la muerte".

Amores u odios, Darío los sentía con la intensidad del delirante. Por qué odiaba a Franklin, por ejemplo, sólo se adivina en *Los naros*, en tanto aparece alguna claridad sobre su encono contra Roosevelt, "utilitarista y meaquino": de acuerdo o en desacuerdo, hay que releer también *Los naros*, de la mano firme de un Pedro Lastra que ha pasado su vida dándoles vueltas a las páginas hispanoamericanas. Nadie podrá visitar Chicago, por ejemplo, sin recordar y sonreírse del apelativo "apoteosis de puer-

co" con que la bautizó Darío, redescubierto por el estudioso chileno.

Poco conocidas son las obras dramáticas de un Carlos Fuentes, cuya dimensión de novelista, en cambio, nos es familiar. Todos los gustos son pardos (1970), hojando en *Relecturas*, aparece más que tentador. Fuentes habría tenido la idea de escribirla cuando Arthur Miller le dijo, en su granja de Connecticut, que lo que siempre le fascinó en la historia de la conquista de México era el encuentro dramático de un hombre que lo tenía todo: Mocenema, y de un hombre que nada tenía: Cortés.

A partir de esa nunca olvidada conversación, Carlos Fuentes se obsesiona con la contraposición y denota de los diseños históricos en pugna: el de la fatalidad del mundo indígena y el de la voluntad de los conquistadores, esta última frustrada finalmente por las jerarquías impersonales de la Iglesia y del Imperio. Entre el culturizado indígena y el personificado de los conquistadores, no queda sino la salida por la vitalidad del mestizaje: "Corresponderá al mundo mestizo inventar nuevos proyectos históricos, y la lucha, hasta nuestros días, será entre colonizadores y descolonizadores".

Desde Alvar Núñez, cronista del siglo XVI, hasta el muy actual y chileno Enrique Lihn, el "registro de viaje, o peregrinación, por lugares literarios diversos", como define a *Relecturas* su autor, es una conmemoración del quinto centenario del descubrimiento de América.

Editorial Universitaria reivindicada con Pedro Lastra el prestigio de las conmemoraciones históricas, tradicionalmente aburridas. Esta, sin embargo, es entretenida y llena de sorpresas que incitan a releer a los autores mencionados, una forma de que el lector piense en Cristóbal Colón con mayor interés y más cálida simpatía. Si él no nos hubiera descubierto, no habría letras ni escritores hispanoamericanos. ●

J. 16 MUNDO N° 57, 1980, (página 198)

## Gol de don Cristóbal [artículo] Graciela Romero.

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Romero, Graciela

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1987

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Gol de don Cristóbal [artículo] Graciela Romero. il.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile